

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. . . . . 4 reales.
Por tres id. . . . . 11 »
Por seis id. . . . . 21 »
Por un año. . . . . 40 »
Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.
La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. . . . . 15 reales.
Por seis id. . . . . 28 »
Un año id. . . . . 50 »
ESTRANJERO, tres meses. . . . . 30 »
ULTRAMAR, un año. . . . . 6 pesos.
Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIAS.

Los suscritores de provincias, cuyo abono termina en fin de marzo, se servirán renovarlo oportunamente.

El medio más sencillo es por el giro mutuo ó sellos de franqueo.

El mismo aviso damos á los encargados de la venta pública en provincias, para hacer la tirada con arreglo á los pedidos desde el próximo número de abril.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Aun cuando el éxito no siempre justifica la bondad de una causa, quiero en esta ocasion decidirme por la afirmativa, y me apoyo en el poeta Zorrilla.

Querido lector, puedes opinar lo que más te agrada de las poesías de Zorrilla, en la inteligencia—si es que la tienes—de que por más defectos que les pongas, más aun suele ponerles su mismo autor.

Pero, á pesar de todas tus opiniones, y de lo que digan los vecinos de arriba y los de abajo, ninguno me negará que las únicas poesías que en España tienen éxito son las de Zorrilla.

Si fuera posible que bajase del cielo un querubín á pulsar la lira, dudo yo mucho que encontrase tantos oyentes como Zorrilla, que no es un serafín ni preten- de serlo,—digo yo.

Pues bien; D. José Zorrilla acaba de publicar un elegante volumen de más de cuatrocientas páginas, lleno de versos de todos tamaños. Impresion clara, papel de muy señor mío, y fundicion de Rivadeneira; en fin, lo que se llama una obra de tomo y lomo.

Lleva por título:

EL ALBUM DE UN LOCO.

—Señores, en lo que va de siglo hemos visto en España grandes cosas, hemos hecho bastantes descubrimientos, y hemos pasado algunos apuros. Quizá hayamos probado de todo; pero lo que nadie ha visto ni oído es que haya un poeta cuyas poesías líricas despierten en el público el deseo de dar por ellas dos pesetas.

En España se venden muchas cosas... menos versos.

Zorrilla ha venido á ser una excepcion á esta regla; Zorrilla ha conseguido vender los versos.

No sé si este progreso redundará en beneficio del arte; lo que puedo asegurar es que redundará en beneficio del editor y ¡qué demonio! del autor tambien.

Generalmente un poeta tiene que ser autor dramático, empleado, médico ó periodista para poder alternar con sus compatriotas y estar bien con el casero.

Zorrilla ha descubierto que, haciendo solo poesías líricas, puede un poeta vivir tambien: su vida entera responde de esta verdad.

Primero de los poetas populares, su musa se acomoda humildemente á las exigencias del vulgo, y

aturde las imaginaciones con sus ondas de luz, sus ruidos, sus bellísimas frases y sus galanos versos.

No hemos leído todavía El Album de un loco, pero conocemos algunas de las poesías que contiene, y en ellas se revela Zorrilla con el mismo poderoso estro de siempre.

A todos nos han encantado sus versos, y nos encantarán siempre, mal que pese á los que creemos que la poesía debe ser algo más que música.

Ferrer del Rio escribe cuatro palabras á guisa de prólogo al frente de este libro, y, segun confiesa, le parece encontrar á Zorrilla en el poema La Inteligencia más poeta de su siglo que antes.

Esta recomendacion me pone en guardia.

Si Zorrilla se mete á filosofar, no seré yo quien prefiera el poema La Inteligencia á sus serenatas y canciones: y si he de juzgar por la muestra que un periódico nos dió de ese poema, crece más la prevencion con que miro todo lo que Zorrilla escribe con intencion social, política y filosófica.

Y después de todo, tengo razon: Zorrilla no ha sido más que poeta.

En una de las páginas de El Album de un loco, que abro á la ventura, leo lo siguiente:

«Porque yo, bardo errante, cosmopolita, canto al par en el templo que en la mezquita; Y risa y llanto dicenme al mismo tiempo: ¡cantame! y canto.»

Aquí tienen Vds. al poeta retratado por sí propio. Lo mismo le da por lo que va, que por lo que viene; boca arriba, que boca abajo: lo mismo canta á Dios que al diablo.

Se acerca á Maximiliano y canta entusiasmado la majestad del trono; se acerca al pueblo y dice, dirigiéndose á Cervantes:

«¿Qué piensas, genio inmortal, de ese pueblo soberano que abre paso á su tirano sin levantar un puñal?»

Sin ideas fijas, sin principios ciertos sobre los problemas que traen á los pensadores de este siglo en perpétua velada, Zorrilla cruza por la vida cantando, y cantando bien, con la armonía del ruiseñor, con los difíciles trinos del canario y con las dulces y melancólicas notas del cisne.

Enhorabuena: la poesía es un encanto, una amable compañera; y cuando la poesía está al nivel de los pensamientos de un pueblo, rico de recuerdos, y nada más que de recuerdos, entonces la poesía tiene forzosamente que cautivar el ánimo y hacerse popular. Así es nuestro pueblo y así es nuestro poeta.

Una de las cosas que admiro más en Zorrilla, es el don que tiene para decirlo todo sin promover una tempestad con cada estrofa.

Ó es mucha su inocencia ó es mayor la inocencia del vulgo.

Por ejemplo, en una de sus poesías á una señora, dice así:

«Insectillo extraviado de loma en loma, al pasar á tu lado libé tu aroma. Fué en mí osadía; más fué ley de española galantería.»

Francamente, yo no conozco á esa señora más que para servirla; pero á ser mujer mía, confieso á Vds. que eso de que otro la hubiera libado el aroma, me traeria escamado.

\*\*

Por donde quiera, ¡oh lector benévolo! que abras El Album de un loco, encontrarás magníficos versos, rasgos brillantes de una imaginacion fecunda y de un estro riquísimo.

Y ya que Ferrer del Rio, competente en la materia, se ha anticipado á leer el libro, justo será que yo me valga de su consejo y copie aquí para muestra los versos que cita. Pero desisto de mi empeño recomendándoselos al público, y tomo una estrofa de la poesía á la emperatriz Eugenia:

Yo habito de Granada las arabescas ruinas; allí donde los muros de tu mansion natal del áureo Darro lamen las ondas cristalinas cual ora las del Sena tu alcázar imperial. Yo habito aquellas lomas y páramos felices, do reverbera espléndido el sol meridional, que ha dado á tus cabellos del oro los matices y á tu purpúrea boca las tintas del coral.

Luis Rivera.

NEGOCIO REDONDO.

I.

Hace cosa de cuarenta años, los asesinatos y los robos á mano armada se cometían en las calles de París casi diariamente, apenas cerraba la noche. Mas valor se necesitaba entonces para atravesar á deshora alguno barrios de la antigua Lutecia, que para recorrer hoy dia los desfiladeros de las Calabrias.

Las repugnantes descripciones que en los Misterios de París hace Eugenio Sué de la Cité no son exageraciones de novelista, sino una copia fiel de la verdad. La célebre taberna del Conejo blanco que hace poco se demolió para dejar paso á una nueva via, y cuyos muebles y utensilios se vendieron en pública subasta á precio fabuloso, era una de las muchas madrigueras de bandidos que existían en la poblacion.

París era el refugio del crimen.

Los malhechores de todos los departamentos de Francia encontraban seguro asilo y ancho campo á sus explotaciones en la inmensa red de sus tortuosas y estrechas callejuelas.

Pero el aspecto del antiguo París ha desaparecido, y con él esa asquerosa úlcera que roía su corazón.

Los nuevos barrios y la organizacion de la policía han cambiado su faz completamente.

Magníficas y espaciosas calles atraviesan hoy los insalubres y sombríos barrios donde antes se albergaba el crimen, derramando en ellos el aire, la luz y la seguridad individual.

Los ladrones han tenido que amoldarse á la metamorfosis de la poblacion.

Y así como los viejos cascos de las antiguas callejuelas se han convertido en soberbios edificios, al contacto

de la varita mágica de la edilidad parisiense, así también la mugrienta blusa del feroz bandido de hace treinta años se ha cambiado en el elegante frac del moderno caballero de industria.

El crimen se ha transformado con el aumento de luz y de vigilancia.

De brutal y sanguinario que antes era, se ha vuelto amable, pacífico ó ingenioso.

Lo cual, por más que se diga, es un verdadero adelanto.

La afición á quebrantar el sétimo mandamiento no se ha extinguido; pero los que todavía la conservan la ejercen con tan exquisita delicadeza, con tan fino tacto, con tal exhuberancia de precauciones y tanta fecundidad de imaginación, que casi siente uno deseos de que le roben.

Hay días en que la crónica de la capital es un tejido de cómicas anécdotas, cuya lectura provoca la siguiente reflexión:

Que si la mitad del talento que algunos seres desperdician en atacar el bolsillo del prójimo la emplearan en cosas útiles, se aumentaría de una manera extraordinaria la nómina de las celebridades modernas.

Allá va una prueba reciente del grado asombroso de civilización á que han llegado en el trascurso de algunos años los ladrones parisienses.

## II.

En el muelle Voltaire hay un gran establecimiento de antigüedades, — vulgo baratillo, — á cuyo propietario, hombre que según la voz pública ha ganado sendos miles de francos en su comercio de armas roñosas y de viejas porcelanas, se presentó hace pocos días un caballero perfectamente vestido.

—¿Tendría Vd. inconveniente, — preguntó al dueño del establecimiento, — en ponerme este cuadro en venta?

Y de entre los pliegues de una gran servilleta sacó un cuadro como de media vara de altura guarnecido de un marco viejo. Tan espesa era la capa de polvo y grasa que recubría el lienzo, que hubiera sido difícil reconocer no ya la escuela á que pertenecía, sino el asunto que representaba.

—Si Vd. me le vende pronto, — añadió el desconocido, — le daré una prima de mil francos.

—¿De mil francos! — exclamó el baratillero calándose las gafas. — ¿Pues cuánto va Vd. á pedir por este marracho?

—Mucho menos de lo que vale.

## AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO. (4)

(Continuación.)

—¡Pobre madre!

—¿Eh? ¿Qué dice Vd.?

—Nada. ¿No le asusta á Vd. el porvenir?

—Perdone Vd., caballero, pero como yo no conozco á usted, y...

—Señora, tengo el sentimiento de decirle que si usted me conociera bien, otra sería su conducta.

—¿Por qué?

—Yo le hubiera dado buenos consejos, yo le hubiera quizá detenido al borde del abismo, antes que dejarla caer en él.

—¿Pero, quién es Vd. que me habla con esta confianza?

—Soy un padre casado... ¿entiende Vd. lo que quiero decir? ¿Un padre ca... sa... do!

—Pues aunque fuera Vd. viudo, á mí...

—Y por otra parte me da Vd. lástima... víctima acaso de un hombre... Indudablemente Vd. debe ser una víctima de la seducción. Los hombres se valen de todos los medios, y la virtud no puede vivir tranquila en esta atmósfera.

—Vamos, vamos, Vd. se equivoca. No soy yo la que usted busca, ó á quien Vd. cree hablar. ¿Quiere Vd. decirme dónde está D. Longinos?

—Acaba de salir suplicándome que le espere.

—¿Es Vd. amigo suyo?

—Hoy le he visto por vez primera.

—Entonces, ¿qué objeto tiene su visita?

—Un objeto humanitario, santo... paternal, en fin.

(4) Véase desde el número 41.

—Pero ¿cuánto? — añadió el vendedor recalando irónicamente esta palabra, — es un Rembrandt y no le daré por menos de 60.000 francos. Si Vd. puede sacar algo más, se lo cedo en beneficio.

Al oír 60.000 francos, el baratillero abrió los ojos desmesuradamente, limpió los gafas con el pico del pañuelo, volvió á montarlas en la nariz y se puso á examinar el cuadro.

—¿Conque Vd. pide por esta alhaja?..

—Sesenta mil francos.

—¿Y qué asunto es?

—Un interior flamenco.

—¿Me permite Vd. que le haga una pregunta? — dijo el baratillero después de un momento de examen.

—Hable Vd.

—¿Se halla Vd. seguro de no estar demente?

—¿Señor mío..

—No hay que enfadarse; pero lo que Vd. me dice no tiene sentido común. Este cuadro, en mi concepto, no vale en buena venta sesenta francos.

—Dispense Vd... yo no vengo aquí á que me le aprecie, sino á que me le venda. Y aunque Vd. sea muy inteligente en pintura, espero que así que le haya vendido modificará su opinión.

La solemne gravedad con que fueron pronunciadas estas palabras impuso al baratillero.

—Con que le acomoda á Vd. vendérmelo, dándole una prima de mil francos? — insistió el desconocido.

—Pues, hombre, déjele Vd. ahí y le pondré en la vidriera; pero se me figura que va á estar por largo tiempo.

—Yo creo lo contrario; tanto, que cuento con ese dinero para hacer un viaje á Indo-China.

El baratillero sonrió, como diciendo para su colete:

—«Como no te embarques hasta que se venda el Rembrandt, ¡buena pacotilla de nietos has de tener!»

Despidióse el vendedor, después de haber dejado las señas de su domicilio, y el mercader de antigüedades colgó á la puerta el interior flamenco.

## III.

Al día siguiente, un caballero de bigote gris, de franca y expresiva fisonomía, sobre cuyo pecho brillaba la roseta de una condecoración extranjera, se puso á examinar el mugriento lienzo con la mayor atención.

—¿Qué precio tiene este cuadro? — dijo después de

—No comprendo.

—¿Me negará Vd. que es Vd. madre de una niña preciosa...?

—¡Ah, caballero, silencio por Dios, que D. Longinos no se entere!

—Lo ve Vd., ¡todo lo sé!

—¿Todo?

—Sí, todo.

—¿Y á qué ha venido Vd. á esta casa?

—A devolver á Vd. su hija, que la estúpida nodriza había encomendado, por un error fatal, á la nodriza de mi hijo.

—¿Dónde está mi hija?

—¿Quiere Vd. verla? ¡Eh! ¡Tuerta, pase Vd. adelante!

A la voz de Joaquín, la Tuerta penetró en el gabinete con la niña de Manuela.

La pobre madre reconoció en seguida á su hija y la acarició con efusión.

—¿Qué imprudencia, exclamó Manuela, venir hoy cuando tanta necesidad tenía yo de que no se enterase el tío!

—¿Quién es ese tío?

—D. Longinos.

—Pues lo peor, señora, añadió Joaquín conmovido, es que el tío lo sabe todo.

—¡Ah, somos perdidos!

—Así se dice en el final de todos los dramas.

—Es que Vd. ignora las desgracias que esto puede acarrear.

—Es verdad, las ignoro por completo, pero casi las adivino.

—Mire Vd., ese hombre era nuestra esperanza.

—¿Qué hombre, el tío?

—Sí, señor, el tío.

—Trátele Vd. con más respeto, que es todo un hombre de bien, y no merece ser tratado de tío.

haberle mirado y remirado á diferentes luces y distancias.

—¡Una friolera! respondió el baratillero sonriendo. — Ochenta mil francos.

—¿Caro es!

Pero la fisonomía del caballero no dió señales ni de burla ni de asombro.

—¿Zape! — se dijo el mercader — ¡pues no se asusta! ¡Si será un magnífico Rembrandt y yo seré un holo!

—¿Su último precio? — añadió el caballero.

—Setenta y cinco mil.

—¿Tiene Vd. á mano un poco de espíritu de vino?

—Sí, señor, creo que debo tener un resto en un frasco.

—Si Vd. me hiciera el favor...

—El mercader cogió un frasco de vidrio que se hallaba sobre un viejo escaparate y se le ofreció al desconocido.

Este se quitó pausadamente el guante de la mano derecha, mojó la yema del dedo índice en el espíritu de vino y se puso á frotar con suavidad en un ángulo del cuadro.

—¡Sí, es el mismo! — dijo examinando el claro que acababa de limpiar.

Luego añadió:

—¿Hace mucho tiempo que tiene Vd. este cuadro?

—No, señor.

—¿Y sabe Vd. cuál es su procedencia?

—¡Perfectamente! — respondió el baratillero con el mayor aplomo.

Federico de la Vega.

(Concluirá en el número próximo.)

## CUATRO COPLAS.

Ya que pasó el invierno,  
niña hechicera,  
allá van cuatro coplas  
de primavera.  
Que hoy tengo fiebre,  
y donde no se anuncia  
salta la liebre.

Dicen que los arroyos  
van hácia el río,  
lo mismo van, morena,  
tu amor y el mío.  
Y andando, andando,  
yo que soy el arroyo  
me voy secando.

—¿No sabe Vd. que ese viejo tiene tan mala opinión de las mujeres, que no puede ver á ninguna?

—¿Y á Vd. qué la importa?

—Mucho, porque es rico.

—¡Ah, ya!

—¿Comprende Vd. ahora?

—Es decir que Vd. tenía esperanzas de lograr...

—Por supuesto.

Joaquín echó una mirada significativa á aquella jóven, á quien creía culpable; y creyendo que sus palabras significaban lo que Manuela estaba muy lejos de pensar, se atrevió á decirle:

—Señora, se me figura que la carrera que Vd. ha emprendido puede traerla funestos resultados.

—¿Por qué me dice Vd. eso?

—Una vez en esa pendiente, el porvenir puede presentarse á Vd. oscuro, muy oscuro. Yo en su lugar temblaría; mas veo que Vd. también tiembla.

—Y con razón; pues la necesidad me obliga á engañar á D. Longinos, y Vd. ha venido á echar por tierra todos mis cálculos.

—Yo siempre juego limpio.

—¿Y es Vd. el que le ha revelado este secreto?

—Yo mismo, indigno pecador.

—Pues Vd. ha traído la desgracia á esta casa, y usted, sin conocerme siquiera, va á causar mi desesperación.

—¡Pobre jóven! ¡Cuánto siento los disgustos que le proporcione gratis!

—Pero ¿quién demonio ha traído á este hombre á mi casa?

—Cálmese Vd., interesantísima Manuela; cálmese usted. Veamos. Si todavía hay remedio, indiquemelo usted, que estoy pronto á satisfacerla.

—¡Remedio! Ya es tarde. Era indispensable que don Longinos no supiese que su sobrino Severiano...

LOS MÉDICOS.



—Señora, el pulso anda bien, no veo síntomas de enfermedad.

—Por lo mismo debe Vd. recetar á mi marido un mes de Exposición universal. Esa es mi dolencia.

—¿Qué tal se insinua la primavera, compañero?

—Muy bien. Un aumento de veinticuatro enfermos en mi lista.

—¿Qué suerte tiene Vd.!

—Mire Vd., yo puedo deshacer lo hecho. El viejo no tiene más datos que los que yo le he dado, y si yo encuentro un recurso para hacerle creer que me he equivocado, todo se puede arreglar todavía.

—Pero ¿y esta niña?

—No importa; yo me comprometo en obsequio de usted á hacerle ver otra cosa.

—¡Imposible!

—No se desespere Vd. Para todo hay remedio en el mundo. ¿Me da Vd. su permiso para echar una mentirilla que, en la situación en que Vd. se encuentra, no puede comprometerla más de lo que está?

—Segun...

—Yo respondo. Déjeme Vd. hacer, y ya que es usted desgraciada, intentaré algo en obsequio, no de la mujer, sí de la madre, á quien respeto por ser tal.

—¡Oh! Si Vd. lograra que D. Longinos no sospechase de Severiano...

—De seguro lo alcanzaré, si Vd. promete no desmentirme. Yo desorientaré al viejo.

—Enhorabuena.

—Una vez que estamos convenidos, si á Vd. le parece puede la Tuerta llevarse otra vez á su hija.

—Sí, sí, y eso que me cuesta tanto separarme de ella.

—Pues ¡ea! vuélvase Vd. á Carabanchel, amable Tuerta, y crie á ese angelito como Dios manda, procurando no distraerse en la posada del Zorro.

—Descuide Vd., señorito, que no volverá á sucederme otro descuido. Ahora que estoy convencida de que esta es la hija de la señorita, yo respondo de no abandonarla, y de tener abiertos los ojos.

—¿Ambos? Eso sí que es difícil, amable nodriza... Tuerta.

—La Tuerta salió, y Joaquin dijo á Manuela:

—Serénese Vd., madre desgraciada. Yo espero á D. Longinos para desengañarlo, ó mejor dicho, para engañarlo,

solo en obsequio de Vd., la más jóven, la más desgraciada, la más cariñosa y la más pobre de las madres. Dios me perdone este pecadillo. El sabe cuál es mi intención. Yo soy muy moral; pero al mismo tiempo muy amigo de proteger á las débiles, y nadie es más débil que Vd. en todos conceptos.

Algo más tranquila Manuela, volvió á su cuarto, dejando solo á Joaquin.

CAPÍTULO IV.

Joaquin lo arregla todo de manera que nadie se entienda.

I.

Era un día como cualquiera otro en que hace sol y no hace frío ni calor. Un día de esos que alegra á los pobres y á los mendigos, porque todos tienen ya algo que tomar... el sol.

La gente salía á tomar el sol, y muchos volvían ya de tomarlo.

Alguno más listo que los demás había salido por la Ronda, y volvía de tomar el sol y un pañuelo. También los hermosos días esconden sus espinas como la flor, como la rosa, como la gloria,—y no cansa más.

Un hombre atravessaba la plazuela del Progreso, y entraba en la calle del Duque de Alba.

Iba embozado y llevaba un bulto debajo de la capa.

El hombre pasaba, la gente le veía sin saber ni sospechar el misterio que guardaba aquella capa echada hasta los ojos, y aquel bulto debajo de ella.

Pongamos ahora aquí un ¡horror! y se conmoverán nuestros lectores, como si esto fuera una novela conmovedora.

El hombre que iba embozado era D. Longinos. (Punto y aparte.)

Y D. Longinos atravessaba con mirada recelosa y paso incierto la calle del Duque de Alba. (Punto y aparte.)

Desde la calle del Duque de Alba, D. Longinos, embozado como antes y con el bulto debajo, atravesó la calle de San Dámaso y entró en la de Embajadores. (Punto y aparte.)

La calle de Embajadores es larga y estrecha. (Punto y aparte.)

Y el hombre, embozado siempre, siguió calle abajo. (Punto y aparte.)

De vez en cuando se detenía. (Punto y aparte.)

Y volvía á andar. (Punto, etc., etc.)

Creo haber ensayado el gran estilo, el único capaz de producir efecto gordo. La situación lo requería, perdonadme el bestial desahogo, y entremos en nuestros dominios.

Aunque no era la primera vez que el viejo maragato pisaba la calle de Embajadores, porque había vivido en la corte largas temporadas, tuvo que detenerse para preguntar á una mujer que vendía verduras en un portal.

—Diga Vd., buena mujer, ¿tendrá Vd. la bondad de decirme si está muy lejos la Inclusa?

—La calle abajo, como quien va al campo, y á la vuelta de ese recodo, á la izquierda verá Vd. un torno.

—Muchas gracias.

—Vaya Vd. con Dios, buen hombre.

Dos chiquillos que estaban al lado de las verduras, y que oyeron al viejo preguntar por la Inclusa, se propusieron seguirle.

De modo que cuando el viejo llegó al torno, ya el número de chiquillos se había aumentado hasta doce.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

El sastre de mi calle  
tiene solapa;  
de sobras de un chaleco  
se hizo una capa.  
Y está que trina,  
porque apenas se emboza  
con la esclavina.

Cada cual en el mundo  
sigue una senda,  
y el principal comercio  
no está en la tienda.  
El tiempo es oro,  
y el que nace novillo  
llega á ser toro.

Con un hueso de burro  
Sansón, un día,  
puso en fuga la huesta  
que Aunon tenía.  
¡Pobres guerreros  
si encuentra el mozo á mano  
burros enteros!

Al infierno de bruces  
bajó un avaro,  
porque el pan en la tierra  
se puso caro.  
Volvió ligero,  
y ayer le ví vestido  
de panadero.

Cuentan que la fortuna  
ya no está ciega;  
solo que á unos halaga  
y á otros les pega.  
Mucho me enoja;  
para mí es ciega, muda,  
baldada y coja.

Alguna vez mi lira  
suená á guitarra,  
como la mariposa  
pica en la parra.  
Pero ¡qué diantre!  
¡más de un tenor conozco  
que fué sochantre!

M. del Palacio.

## MURMULLOS.

Un dependiente municipal de un pueblo de Italia ha llevado al amor ante el tribunal de justicia. Su novia se burló de él, y la citó á juicio. El juez condenó á la jóven á tres días de arresto en su casa; pero el novio se empeñó en que estuviera prisionera en la casa ayuntamiento.

—¿Por qué ese empeño? Preguntó un vecino.

—Toma, porque él vive allí, contestó otro.

¡Oh amor! ¡Oh venganza municipal!

El Sr. Ardila...  
—Muy señor nuestro... ¿En qué podemos servirle?  
—No, sino anuncio, hablo.  
Pues como iba diciendo, el Sr. Ardila ha empezado á hablar al público desde el cuarto bajo, vulgo folletín de *La Correspondencia*.

Su libro, novela ó lo que sea, se titula *Las Vocaciones*.

—Bien, ¿y qué?  
—Nada, que dice entre otras cosas, que cuando se ejercita la castidad... se tiene la lucidez necesaria para conocer en dos segundos el flaco de las personas.  
—Pues si dice eso, no le falta al Sr. Ardila la *l* que yo le echaba de menos.

Pues señor, lo que es música no nos falta en Madrid: conciertos de Barbieri, conciertos sacros en el Circo, murgas en todas partes y funciones en el Teatro Real. No dirán Vds. que estamos desconcertados.

La señora doña María del Pilar Sinués de Marco... ha dado á luz unos *Cuentos de color de cielo*.  
—¿En dónde habrá visto ese color? preguntaba uno.  
—En los ojos de su Pepe... contestó otro.

Estó me recuerda haber leído en un libro de esta fecunda escritora una dedicatoria que decía:  
«Al Sr. D. José Marco, caballero de la orden de San Juan de Jerusalem, etc.; y concluía: *tu esposa, MARÍA.*»  
Todo se queda en casa.

Por real decreto se han creado una porción de *Museos arqueológicos*.  
—¿Qué opina Vd.?  
—Que no faltarán muchos que quieran ser colocados en ellos.  
—Ca, hombre.  
—Sí, con sueldo.

De una conseja que escribe en un álbum uno de los personajes de la comedia *Quiero y no puedo*, se deduce que deben ser vapuleadas por sus maridos las mujeres tentadas por el demonio del lujo.

—¿Qué le parece á Vd., baronesa?  
—Que siendo como somos buenas cristianas, si dan los hombres en la gracia de azotarnos, debemos ofrecer á sus iras el otro carrillo.

—¿Qué tiene Vd., doña Juana?  
—Estoy inconsolable.  
—Pero ¿por qué?  
—Se me ha perdido el guarda-pelo.  
—¿Era de oro?  
—No señor, de carton.

*La criada de doña Juana.*—Si es donde guarda la peluca.

Han llegado á Madrid, procedentes de Paris, sesenta millones en oro y veinte en plata.

Se han hospedado en la Casa de la Moneda, y muy en breve circularán por la córte.

Parece que se han venido de Paris huyendo de la *Exposición*.

Blas Perez.

## CABOS SUELTOS.

El conocido escritor D. José Marco, ha terminado una comedia titulada *La Gloria y el Purgatorio*.

*La Gloria!* ¡Qué mayor gloria para Marco que las reuniones que celebra en su casa los miércoles, y no los martes, como equivocadamente dijo Blas Perez en nuestro número anterior?

*El Purgatorio!* ¡Qué mayor purgatorio para Marco que tener que recitar en todas sus reuniones la fabulita del sombrero?

Un periódico asegura, muy formal, que un carpintero de Galicia piensa presentar en la Exposición de Paris un baston construido por él, y que sin escocer del diámetro regular lleva dentro un paraguas, un sombrero de viaje, unas espuelas, y unas botas de gamuza.

Nosotros hemos oido hablar de otro carpintero que presentará un mondadientes, que puede dividirse en dos partes, encerrando en una de ellas una cama de acero, y en la otra una cocinilla económica. Conviene advertir que el mondadientes tendrá cerca de tres metros de largo; como que se ha hecho para uso de los elefantes.

Habrán también *conciertos sacros* en el teatro del Circo los viernes de Cuaresma 29 del corriente, 5 y 12 de abril. Tomarán en él parte las Sras. Trillo y Mora y los señores Oliveres y Reguer.

En el prospecto que hemos recibido se dice:  
«Entre los que figuran en estos conciertos, unos tan profundos y modestos, (*¿y los otros?*) han merecido del aprecio del público. (*Te veo de venir.*)»

Este párrafo me parece solfa; pero todo lo perdono si llegan á cantar bien, lo que no dudo.

Un gibado satisfecho y alegre me dijo hoy:  
—A Dios, amigo, que voy á unos asuntos derecho.

*El Imparcial*, despues de copiar las palabras que sobre él digimos, añade:

«En cuanto al GIL BLAS, nos parece que podemos asegurarle que llegarán á unírnos estrechas y fuertes simpatías.

Los viajeros que emprenden una peregrinacion difícil, y corren los mismos peligros y participan de las mismas alegrías, aunque no sigan igual camino, se estrechan al fin las manos.»

Leyendo las poesías de Zorrilla le salió un novio á Carmen Escamilla, y á un jóven que leía el mismo tomo de un puñetazo le dejaron romo.  
*Esto prueba, lector, que la poesía lo mismo da tristeza que alegría.*

Estamos amenazados de una compañía dramática en el Circo de Paul.

Por lo mismo que ninguna compañía ha podido vivir este año en la temporada propia de teatros, se trata de hacer una formación para el verano.

La inocencia no está reñida con los actores.

Parece que los Estados- Unidos piensan considerar como beligerantes á los fenianos.

¿Qué dirá Inglaterra? De seguro que esto no le agrada tanto como suministrar buques á Chile y Perú contra España.

Deplorando con enojo un tuerto su hado maldito, dijo Anton:—Pues, amiguito, usted llora con un ojo.

### Estudio anatómico.

Ví una nariz colosal,  
una boca monstruosa,  
una frente portentosa  
y una barba garrafal.  
Tales eran, no exajero;  
y todo unido á una cara  
que con estupor mirara  
un inglés, pero extranjero.

Mas como yo encuentro en todo cálculo y filosofía,  
me puse con sangre fria  
á examinarlo á mi modo.

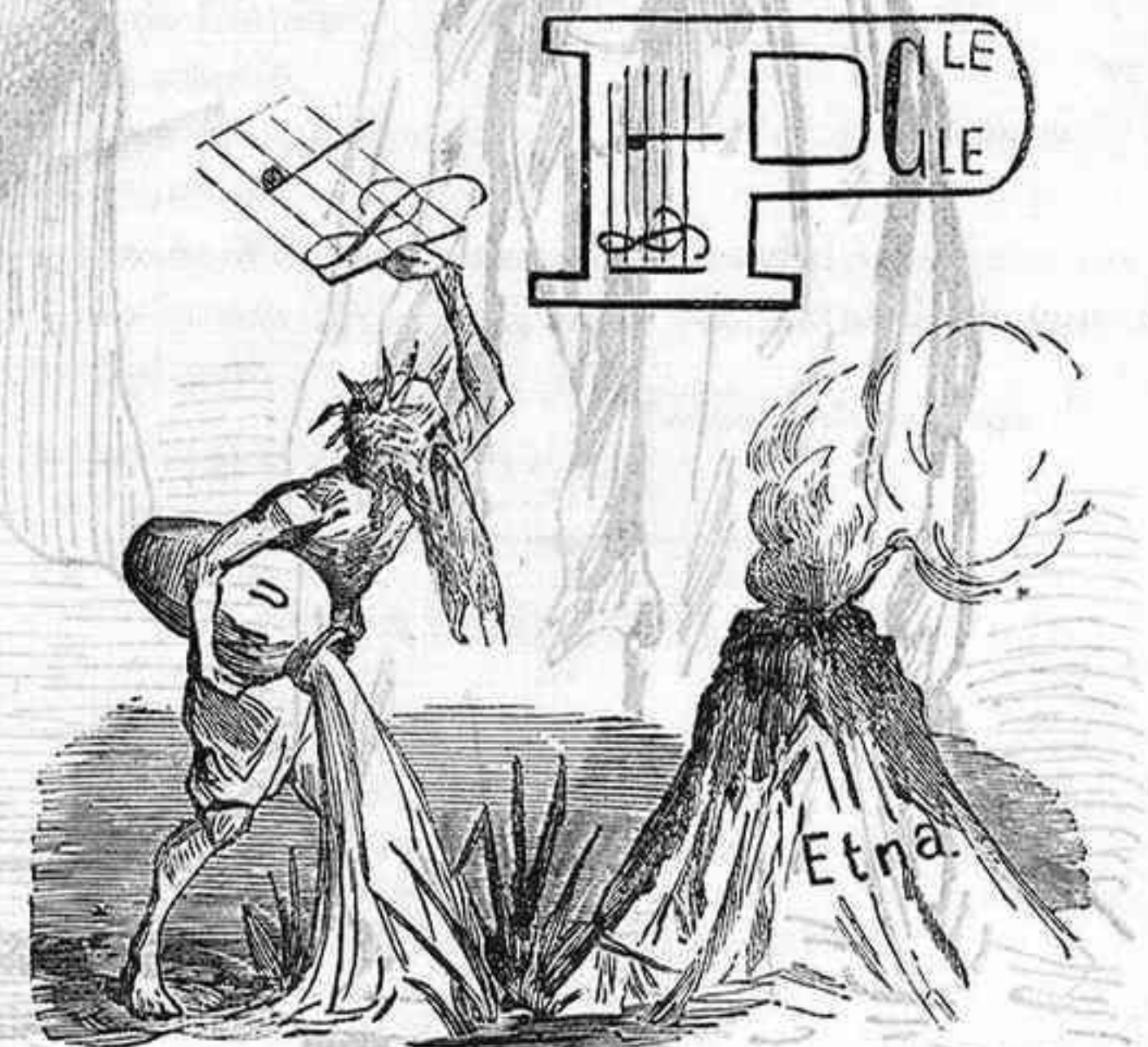
Y dije:—es fenomenal  
en magnitud, ¡cosa triste!  
está visto, aquí no existe  
economía animal.

Francisco de P. Fernandez.

## PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior:—Mariano

### GEROGLÍFICO.



### CHARADA.

Mi primera y cuarta di  
á prima y segunda hermosa,  
y en noche bien tenebrosa  
tercia y cuarta conseguí.  
Segunda y cuarta tomé  
ébrio de inmensa alegría;  
á casa fui, me acosté,  
y con mi todo soné  
que era la patrona mia.

## ANUNCIOS.

### ALBUM DE UN LOCO

POESIAS NUEVAS

DE D. JOSÉ ZORRILLA.

Un tomo un 4.º elegantemente impreso en papel glaseado y satinado.

Precio, 30 reales en Madrid y 34 en provincias franco de porte.

Por suscripción, en cuatro cuadernos, uno semanal, 8 reales cada cuaderno en Madrid y 9 en provincias.

Se suscribe y vende en todas las principales librerías y en las administraciones de correos. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Gullon é Hidalgo, Pez, 40, Madrid.—5

**HISTORIA DE UN BOCADO DE PAN, POR JUAN MACÉ.**—

Traducción de Diodoro Tejada.—Un volumen en 8.º, 44 reales.—Una de las obras maestras de nuestro tiempo, cuyo éxito, más que europeo, ha sido mayor cada día. Mr. Macé es un escritor en quien el sentimiento, el buen gusto y la discrecion son tan grandes como la sabiduría. Este libro ha hecho no solo comprensible, sino tambien atractiva para las niñas y los niños, la historia natural del sér humano.

Se vende en la librería de Duran, editor, Carrera de San Gerónimo, 2, y en las principales librerías.—5

## BAZAR DE CALZADO.

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren. Becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.